

NIÑERÍAS (1)

Querido Doctorcillo: No creas que voy á empezar ésta con la gazmoñería de suponerme indigno de poner un prólogo á tu libro; no creas que voy á quejarme de tu elección, ni á decirte, con afectado mal humor, que debiste escoger á otra persona para presentar tus *Niñerías* al público. Lejos de pensar así, me tiene muy satisfecho la honra de sacar de pila á estas criaturas; me habría molestado que el padrino de ellas fuese otro, porque, dicho sea con sinceridad, algunas cosillas hay en mi pensamiento pertinentes al asunto médico-infantil, las cuales no podría exponer si dejara pasar esta coyuntura del padrinazgo de un libro. Conste, pues, que no me has buscado tú, sino que yo he querido meterme donde no me llamaban, y que no soy prologuista solicitado, sino más bien intruso, con lo cual se dice bien claro que seré quizás algo impertinente.

El primer fundamento de mi simpatía hacia las narraciones que componen esta obra, consiste en que son como un terreno neutral en que se juntan nuestros gustos y aficiones.

(1) Carta-prólogo dirigida á Tolosa Lafour.

Ciertamente, tienes tú más de literato que yo de médico; pero tu amor á las letras no excede á la pasión silenciosa, resignada, como esos noviazgos platónicos y desiguales en que el galán se pasa la vida mirando de lejos á la que cree novia, haciéndole alguna tímida seña, mas sin atreverse á pretenderla en matrimonio, y echándose á temblar si por acaso tiene que dirigirle la palabra.

Pues en la ocasión presente, perdida toda esperanza de conquistar con señas, garatuzas y suspiros á la hermosa doncella, se me antoja romper la cortedad y echarle cuatro flores cara á cara, cosa para la cual siempre me había faltado valor. A tus *Niñerías* debo estos ánimos. Considera si no hay suficiente motivo para que yo las ame, avivando el afecto que mi padrino me impone.

Y debo añadir que si las estimo por su parentesco con la hermosa hija de Esculapio, no me entusiasman menos por la atención preferente que en ellas dedicas á la parte más interesante de la humanidad, los chiquillos, que á mí tanto me gustan, como sabes, y con los cuales hago muy buenas migas, dejándome tratar por ellos de igual á igual, con una especie de santa nivelación ante la inocencia. Aquí tienes un motivo más para ofrecermé á tí como prologuista officioso, copando tu voluntad y apoderándome de la plaza antes que otros se presentaran, con sus manos lavadas, á posesionarse de ella.

Ahora tengo que cohonestar mi officiosi-

dad con unas cuantas lisonjas que voy á dirigirte.

Es mi obligación darte bombo; pero te prometo hacerlo con templanza, para que no crean que te adulo por conveniencia propia. Me concreto á decirte que admiré siempre la especialidad profesional que has escogido, porque cuidar á los pequeñuelos enfermos me parece la mayor gloria y la dificultad más grande de esa ciencia experimental y caritativa, que al erigirse en profesión, por la paciencia y valor que exige, por la rudeza del trabajo y su contacto tristísimo con la miseria humana, viene á convertirse en una especie de caballería entre científica y religiosa. Por tal la tengo, y los que militan en ella parécenme tanto más dignos de encomio cuanto más desvalido, más indócil y más rebelde á los medios terapéuticos se manifiesta el sér á cuyo cuidado se consagran. Para atender al niño enfermo y defenderle de la muerte, que le acecha en la cuna, en los juegos infantiles, en la escuela misma, se necesitan mayor abnegación y solicitud que para cuidarnos á nosotros, los adultos, que ayudamos la acción médica con nuestro propio discernimiento. El médico de niños no cumplirá bien su objeto si á la ciencia no reúne la ternura, y eso que llaman *ángel*, ó don misterioso de ganar confianzas; si no maneja el arte exquisito de endulzar los bordes del vaso para hacer tragar sin resistencia los amargores que contiene. Que tú posees estas cualidades, bien á la vista

está, y ni aun me tomaría yo el trabajo de decirlo si no me sirviera de punto de partida para decir algo de tus aficiones literarias, considerando éstas como el mejor adorno de tu especialidad facultativa, ó si se quiere, como una consecuencia de las delicadezas de espíritu que aquella especialidad lleva consigo.

No puedo considerar como casual el hecho de que muchos afamados médicos hayan sido artistas notables, cultivando con éxito las letras ó la oratoria, la poesía ó la música. Existe indudable concordancia entre aptitudes que, ante la mirada vulgar, parece que rabian de verse juntas. El sentimiento de la naturaleza, la observación y el amor á la humanidad, germinan en el alma del médico que ejerce con elevadas miras su profesión, y no pueden menos de producir una florecencia artística, que se manifiesta con caracteres diversos. Si el arduo trabajo profesional no permite á muchos ofrecer al mundo estas flores del espíritu en forma determinada literaria, es, en cambio, muy común que maestros eminentes de la ciencia médica expresen sus ideas en la cátedra ó en la conversación con elegancia y galanura. Los que tratamos al Doctor Asuero, no olvidaremos nunca la gracia seductora con que hablaba, su dominio de la frase imaginativa y el donaire con que revestía el conocimiento científico de elegantísimas galas retóricas. Era verdadero poeta, sin dejar de ser profesor de los más esclarecidos. Los

enfermos recibían de su trato un consuelo efectivo; y al quererle con filial ternura, facilitaban la acción médica de un modo pasmoso. Ejercía como una fascinación sobre el paciente, ganándose su afecto ó infundiéndole alegría y confianza. Otros ejemplos de esta clase podría citar. En cuanto á los médicos que han manifestado su aptitud artística produciendo hermosas obras literarias, podría citar muchos, españoles y extranjeros.

De una manera ó de otra, dicha aptitud existe y existirá siempre en los cultivadores fervientes de la Medicina, y se avalora con la observación, con la piadosa tristeza que les infunde el continuo estudio del dolor físico, y de las miserias y debilidades de nuestra especie. Lo que comunmente se llama *ojo médico* no es más que intuición, que obra en el terreno físico, por ejercitarse en él con preferencia; misteriosa facultad de un espíritu zahorí, que sabe sorprender en la exterioridad de nuestros semejantes el reflejo de sus desórdenes fisiológicos.

Comprendo sin esfuerzo que los hombres consagrados al examen del mal físico, sientan verdadera avidez por expresar en forma artística lo que ven y oyen en su continuo comercio con la humanidad más espiritual. Muchos de ellos no tienen tiempo ni ocasión de satisfacer su anhelo, ó retroceden ante las dificultades técnicas; otros procuran vencerlas, y producen obras estimables. Los más viven siempre apartados de toda ten-

tativa de este género, callándose muy buenas cosas, archivando experiencias y casos que nos serían muy útiles á los que tenemos por oficio el pintar la vida y el dolor, y estudiamos nuestro asunto menos directamente que el médico, á mayor distancia de las verdaderas causas, y fijándonos en la naturaleza moral antes que en la física. Creo más fácil llegar al conocimiento total de aquella por el de ésta, que dominar la moral sola, sin tener en cuenta para nada ó para muy poco el proceso fisiológico. Por eso envidio á los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral; por eso vivo en continua *flirtation* con la Medicina, incapaz de ser verdadero novio suyo, pues para esto son necesarios muchos perendengues; pero la miro de continuo con ojos muy tiernos, porque tengo la certidumbre de que si lográramos conquistarla y nos revelara el secreto de los temperamentos y de los desórdenes funcionales, no sería tan misterioso y enrevesado para nosotros el diagnóstico de las pasiones.

Las escapatorias de los médicos al campo de las letras revelan elevación de espíritu, y el que consagra sus horas de descanso á referirnos en narraciones amenas lo que siente y observa al lado de los enfermos, me parece que perfecciona sus servicios á la humanidad, y que merece doble estimación. Si tú no curaras, podríamos cercenarte el encomio, concretándolo sólo al mérito literario; pero como curas y trabajas con

afán y caridad, visitando diariamente á multitud de desgraciados, hemos de tributar á tus pasatiempos un aplauso entusiasta, proclamando muy alto que tus *Niñerías* son narraciones de la vida real, interesantes y sinceras, en las cuales el sabor artístico no perjudica á la intención docente, y que en ellas adivinamos, aunque parezca extraño y paradójico, las bellezas de la Terapéutica, los hechizos de la Neuropatía, de la Higiene y de otra porción de señoras á quienes muchos creen absolutamente privadas de gracias personales.

Lo que agradará sin duda en esas páginas es que en ellas se ve siempre al médico tras el escritor; que las escenas, cuadros y figuras que en ellas se pintan son hechura de la experiencia, y se han elaborado en las entrañas fecundas de la realidad. La ficción imaginativa no disimula, ni había para qué, el origen profesional de estas historietas, concebidas ante los espectáculos tristísimos que ofrece la pérdida de la salud, y en el fragor de las luchas que la Ciencia entabla con la Muerte. Todas revelan profundo amor á la humanidad, y particularmente á la infancia desvalida, y el vivo deseo de defender á ésta contra las mil celadas que en el terreno moral y en el físico les tiende el mal; tarea generosa y altamente caritativa, que ha de hallar simpatía en todos los corazones. Alégrate mucho de haberlas escrito, y más de reunir las, como ahora lo haces, en volumen, para que tomen puesto en la bi-

bliografía literaria de nuestros tiempos. En ellas se ve que, siendo tu ocupación normal la práctica de la ciencia, posees los gérmenes de la flor del arte, que tan fácilmente arraiga en los hábitos intelectuales del médico, y en vez de dejarlos perder en conversaciones ociosas, los cultivas en tus ratos de descanso. Es sensible que, por causa del trabajo creciente, aquéllos hayan de ser cada vez más breves, y no puedas en lo sucesivo vaciar en páginas amenas y graciosas lo mucho que has de observar y sentir todavía posando tus manos, cada día más expertas, sobre tantas lástimas y dolores.

La ciencia no perdería nada con que estos escauceos de la fantasía se repitieran, y los profanos á la Facultad, los que la conocen de lejos y la amamos sin atrevernos á decirselo, nos alegraríamos de poder tratarla en esta forma. Si de algo vale mi consejo, te incito á no abandonar las letras, que, además del bien que puedan reportarnos, vistiendo de galas imaginativas los asuntos áridos, tienen, para un trabajador como tú, la ventaja de proporcionarte el reposo más agradable y más higiénico, pues bien sabes que no es el mejor remedio de la fatiga la ociosidad, sino el dar de mano á la férrea obligación de nuestros quehaceres habituales, ocupando el espíritu en cosa muy distinta, y que lo recree sin oprimirlo.

Las letras permiten elasticidad casi sin límites en la manera de cultivarlas, por no ofrecer su técnica las asperezas de otras ar-

tes. Las han cultivado con gran acierto hombres que sólo podían poner en ellas una atención secundaria. Anímate con este recuerdo, y no cedas á la rutina de creer que es impropio de la formalidad de un *filósofo de salud* el dar á sus escritos amenidad, emoción y esa ligereza de concepto que tan bien suele encarnar á veces la solidez de los principios. A las personas ordenadas no les faltan medios de arrancar al tiempo algún jirón para dedicarlo á desahogar el alma de penitas que á veces la agobian y que sólo se aplacan vaciándolas en el ánfora del arte. La idea que se nos atasca, como embolia de nuestra mente, deja de ser un suplicio desde que la expulsamos, convirtiéndola en historia soñada ó fingida, semejante á la realidad, y es gran satisfacción verla prender de cabeza en cabeza por el infinito reguero de lectores, posesionándose lentamente del reino de la opinión. Haz, pues, más *Niñerías*, que han de parecernos *hombreadas* por su valor literario y por el sentimiento cristiano que las inspira. Sanos, nos deleitaremos con ellas; enfermos, tendremos que agradecerle algunos ratos de solaz, y si sobre recrearnos nos curas, te bendeciremos dos veces: como doctorcillo inteligente y como escritor de buena sombra.

Madrid, Junio de 1889.

SOÑEMOS, ALMA, SOÑEMOS (1)

Aprendamos, con lento estudio, á conocer lo que está muerto y lo que está vivo en el alma nuestra, en el alma española. Aprendámoslo aplicando el oído al palpitar de estos enojos que reclaman justicia, equidad, medios de existencia. Apliquemos todos los sentidos á la observación de los estímulos que apenas nacen se convierten en fuerzas, de los desconsuelos que derivan lentamente hacia la esperanza, de la gestación que actúa en los senos del arte, de la industria, de la ciencia... Observemos cómo el pensamiento trata de buscar los resortes rudimentarios de la acción, y cómo la acción tantea su primer gesto, su primer paso.

Al examinar lo que caducó y lo que germina en el alma nuestra, observemos la triste ventaja que da la tradición á las ideas y formas de la vieja España. Las diputamos muertas, y vemos que no acaban de morir-se. Las enterramos, y se escapan de sus mal cerradas tumbas. Cuando menos se piensa, salen por ahí cadáveres que nos increpan

(1) Publicado en el primer número de la revista *Alma Española*.

con voz estertorosa, y arremeten con brío y dureza de huesos sin carne contra todo lo que vive, contra lo que quiere vivir: defendámonos. Respetando lo que la tradición tenga de respetable, rechacemos el espíritu mortuorio que en buena parte de la Nación prevalece aún, *diletantismo* del morir y de toda destrucción. Tengamos propósito firme de adquirir vida robusta y de crecer con todo el vigor y salud que podamos. Declaremos que es innoble y fea cosa el vivir con media vida, y procuremos arrojar del alma todo resabio ascético. Ninguna falta nos hacen sufrimientos ni martirios que no vengan de la Naturaleza, por ley superior á nuestra voluntad. Lo primero que tiene que hacer el alma remozada es penetrarse bien de la necesidad de evitar á su cuerpo los enflaquecimientos y desmayos producidos por ayunos voluntarios ó forzosos. Detestamos el frío y la desnudez; anhelamos el bienestar, el cómodo arreglo de todas nuestras horas, así las de faena como las de descanso. Creemos que la pobreza es un mal y una injusticia, y la combatiremos dentro de la estricta ley del "tuyo y mío...". Trabajaremos metódicamente con el despabilado pensamiento, ó con las manos hábiles, atentos siempre á que esta pacienzuda labor nos lleve á poseer cuanto es necesario para una vida modesta y feliz, con todo lo que la sostiene y vigoriza, con todo lo que la recrea y embellece. Opongamos briosamente este propósito al furor de los ministros de la muer-

te nacional, y declaremos que no nos matarán aunque descarguen sobre nuestras cabezas los más fieros golpes; que no nos acabará tampoco el desprecio asfixiante; que no habrá malicia que nos inutilice, ni rayo que nos parta. De todas las especies de muerte que traiga contra nosotros el amojamado esperpento de las viejas rutinas, resucitaremos.

El pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos á un deshonesto morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere á muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga. Mirando un poco hacia lo pasado, veremos que, con catástrofe ó sin ella, los últimos cincuenta años del siglo anterior marcan un progreso de incalculable significación, progreso puramente espiritual, escondido en la vaguedad de las costumbres. Después del 54 y del 68, consumadas las revoluciones que sólo alteraban la superficie de las cosas, el sér doméstico, digámoslo así, de nuestra raza pobre y ociosa, sin trabajo interior ni política internacional, se caracterizaba por la delegación de toda vitalidad en manos del Estado. El Estado hacía y deshacía la existencia general. La sociedad descansaba en él para el sostenimiento de su consistencia orgánica, y el individuo le pedía la nutrición, el hogar, la luz y hasta la leña. Las clases más ilustradas reclamaban y obtenían el socorro del sueldo. Había

dos noblezas, la de los pergaminos y la de los expedientes, y los puestos más altos de la burocracia se asimilaban á la grandeza de España. Un socialismo bastardo ponía en manos del Estado la distribución de la sopa y garbanzos del pobre, de los manjares trufados del rico. Al olor de aquella sopa y de los buenos guisos, acudía la juventud dorada, la plateada y la de cobre... Pues de entonces acá, en el lento correr de los días de la Revolución de Septiembre, del reinado de don Amadeo, de la efímera República, de la Restauración y Regencia, se ha determinado una transformación radical, que ya vieron los despabilados, y ahora empiezan á ver los ciegos. Va siendo ya general la idea de que se puede vivir sin abonarse por medio de una credencial á los comederos del Estado; de éste se espera muy poco en el sentido de abrir caminos anchos y nuevos á los negocios, á la industria y á las artes. El país se ha mirado en el espejo de su conciencia, horrorizándose de verse compuesto de un rebaño de analfabetos conducido á la miseria por otro rebaño de abogados. Del Estado se espera cada día menos; cada día más del esfuerzo de las colectividades, de la perseverancia y agudeza del individuo. Detrás, ó más bien debajo de la vida enteca del Estado, alienta otra vida que remusga y crece, y adquiere savia en las capas internas. En cincuenta años, es incalculable el número de los que han aprendido á subsistir sin acercar sus labios á las que un tiem-

po fueron lozanas ubres y hoy cuelgan flácidas: los españoles han crecido; comen, ya no maman. Aceptamos al Estado como administrador de lo nuestro, como regulador de la vida de relación; ya no lo queremos como principio vital, ni como fondista y posadero, ni menos como nodriza. ¿No es esto un gran progreso, el mayor que puede imaginarse?

Debajo de esta corteza del mundo oficial, en la cual campan y camparán por mucho tiempo figuras de pura representación, quizás necesaria, y la comparsa vistosa de políticos profesionales, existe una capa viva, en ignición creciente, que es el sér de la Nación, realizado, con débil empuje todavía, por la virtud de sus propios intentos y ambiciones; vida inicial, rudimentaria, pero con un poder de crecimiento que pasma. Un día y otro la vemos tirar hacia arriba, dejando asomar por diferentes partes la variedad y hermosura de sus formas recién creadas. Entre estas formas podemos señalar las más próximas: el esfuerzo de la ciencia agrícola para sobreponerse á las prácticas rutinarias, la flamante industria en pequeñas y grandes manifestaciones, el arte que pretende acomodar las formas arcáicas al pensar amplio y al sentir generoso; señalamos también las más lejanas, que son la libre conciencia, el respeto, la disciplina, el orden mismo, la vieja espada que los tiempos pasados legan á los futuros. No quiera Dios que esta capa de formación nueva, en parte

somera, en parte profunda, suba por súbita erupción. Subirá por alzamientos parciales y consecutivos del terreno, sin sacudidas violentas, para sustituir al suelo polvoroso y resquebrajado en que tiene su secular asiento nuestro país.

Entre lo mucho que nos traen las nuevas formaciones de terreno, descuellan dos aspiraciones grandes, que han de ser las primeras que busquen la encarnación de la realidad. Necesitamos instrucción para nuestros entendimientos, y agua para nuestros campos. La superficie de esta porción de Europa que habitamos no es bella en todas sus partes, y es necesario que lo sea. Estimulan al amor las gracias y el sonrosado color de un rostro bello. No es fácil que amemos á una patria que nos muestra su cuerpo y semblante cubiertos de lacras lastimosas, y afeados por la sequedad y aspereza de la epidermis. Una nación europea no puede ofrecer á las miradas del mundo, en pleno siglo xx, el espectáculo de las estepas desnudas, que dan idea de la ancianidad trémula, pecosa y cubierta de harapos. Preciso es desencantar el viejo terruño, dándole, con las aguas corrientes, la frescura, amenidad y alegría de la juventud; preciso es vivificar la tierra, dándole sangre y alma, y vistiéndola de las naturales galas de la agricultura. No queremos nada que sea imagen del yermo solitario, ni tristeza y sequedad de calaveras mondas. En nombre del bienestar público y de la belleza, inunde-

mos las estepas áridas. No queremos fealdad en ninguna parte, sino hermosura que nos enamore de nuestros campos, para que en ellos podamos vivir y gozar de cuanto da la Naturaleza: lozanos plantíos, risueños bosques, deliciosas alquerías donde hallemos el ejercicio sano y la paz del alma. Un país reconcentrado en poblaciones oscuras y pestilentes, es un enfermo de congestión crónica. La vida se estanca, la sangre no circula, y el tedio urbano, grave dolencia, estimula todos los vicios.

Como el agua á los campos, es necesaria la educación á nuestros secos y endurecidos entendimientos. Han dicho que no deseamos instruirnos, puesto que no pedimos la instrucción con el ansia del hambriento que quiere pan. La instrucción no se pide de otro modo que por la voz, ó mejor, por los signos de la ignorancia. El ignorante es un niño, y el niño no pide más que el pecho si es chiquitín, ó los juguetes si grandecito. Aguardar, para la educación de la criatura, á que ésta diga "llévenme á la escuela, que tengo muchas ganas de ser sabio," es fiar nuestros planes á la infinita pachorra de la Eternidad. Si así lo hiciéramos, demostraríamos que los grandes somos tan cerriles como los pequeños.

Procuremos, grandes y chicos, instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas que el que menos y el que más lleva dentro de su caletre. El cerebro español necesita más que otro alguno de limpiones enérgicos

para que no quede huella de las negruras heredadas ó adquiridas en la infancia. Y al paso que nos instruimos, cuidémonos mucho de no ser presumidos ni envidiosos, que el orgullo y el desagrado del bien ajeno son dos feísimas excrescencias adheridas á nuestro sér, que piden un formidable esfuerzo para ser arrancadas y arrojadas al fuego como hierba dañosa. La presunción es cosa muy mala, peor todavía que el desprecio de nosotros mismos, cuando nos da por sostener que somos bárbaros incapaces de benignos sentimientos, de cultura y de vivir en paz unos con otros. Ni esto sirve para nada, ni menos el suponernos únicos poseedores de la verdad, y los más bonitos, los más agudos que en el mundo existen. El odioso remate de estos defectos es la pálida envidia, que nos priva del goce de admirar al que por su ingenio, por su perseverancia ó por otra virtud está más alto que nosotros. Seamos modestos, y aprendamos á no estirar la pierna de nuestras iniciativas más allá de lo que alcanza la sábana de nuestras facultades. Hagamos cada cual, dentro de la propia esfera, lo que sepamos y podamos: el que pueda mucho, mucho; poquito el que poquito pueda, y el que no pueda nada, ó casi nada, estése callado y circunspecto viendo la labor de los demás. Acostumbremos á rematar cumplidamente, con plena conciencia, todo lo que emprendamos; no dejemos á medias lo que reclama el acabamiento de todas sus partes para ser un con-

junto orgánico, lógico, eficaz, y conservémonos dentro de la esfera propia, aunque sea de las secundarias, sin intentar colarnos en las superiores, que ya tienen sus legítimos ocupantes. Cada cual en su puesto, cada cual en su obligación, con el propósito de cumplirla estrictamente, será la redención única y posible, poniendo sobre todo el anhelo, la convicción firme de un vivir honrado y dichoso, en perfecta concordia con el bienestar y la honradez de los demás.

¿Es esto soñar? ¡Desgraciado el pueblo que no tiene algún ensueño constitutivo y crónico, norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!

Noviembre de 1903.